

Zonas de alteridad

El fuego y el relato

Mauricio Molina

Ya desde *Estancias, la palabra y el fantasma en la literatura occidental*, el filósofo italiano Giorgio Agamben ha abierto una senda muy rica tanto para el pensamiento como para la reflexión sobre la literatura contemporánea. Discípulo de Martin Heidegger y lector ineludible de Michel Foucault y Gilles Deleuze, sostiene con ellos un diálogo constante que enriquece nuestra visión del mundo actual. Otro de sus referentes constantes es Walter Benjamin, por su visión del mesianismo en la historia, así como su concepción de la literatura como una forma de pensamiento: Agamben lee a Kafka, por ejemplo, como un filósofo y a menudo alude a pensadores como Marx o Nietzsche como poetas.

Esta visión amplia de la palabra escrita ha permitido al italiano escribir algunos de sus ensayos más reveladores. Basta con recordar su imprescindible ensayo sobre los dispositivos de dominación donde apunta que “el nuestro es el cuerpo social más dócil y cobarde que se haya dado jamás en la historia de la humanidad”.

Agamben ha desarrollado una benjaminiana teología del capitalismo y, en diálogo con Foucault, ha explorado las formas de dominación biopolítica, donde el capitalismo ha hecho del ser humano una suerte de desecho de la maquinaria del poder.

Ya en estas páginas hemos comentado la obra de Byung-Chul Han, un pensador con quien Giorgio Agamben tiene múltiples contactos, sobre todo en una reformulación de la teología para comprender a la sociedad actual. Es posible que tanto el pensador coreano-alemán como el filósofo italiano sean pasajeros privilegiados del presente milenio. Gracias a ellos nuestra confianza en la filosofía y en las salidas que nos ofrecen al momento



actual van creciendo con el ahondamiento de sus postulados.

Baste este breve proemio para comentar *El fuego y el relato*, una colección de ensayos breves que echan luz sobre los senderos más apasionantes que ha recorrido Giorgio Agamben: la literatura.

El fuego y el relato contiene trece pequeños ensayos, casi atisbos por su ligereza y sutileza. Todo relato, afirma Agamben, es un recordatorio del fuego originario, tal y como se enuncia en el relato que Yosef Agnón transmitiera a Gershom Scholem en su libro *Las grandes corrientes de la mística judía*. Todo relato, nos dice Agamben, es un recordatorio del fuego primigenio. Resulta profundamente reveladora la concordancia con la idea del origen del lenguaje tal y como la plantea Georges Steiner en su colección de ensayos más reciente, *Fragmentos*, que comentamos aquí hace un par de entregas. El misterio del lenguaje, la casa del ser heideggeriano, que nos permite entrar y salir de nuestra propia humanidad, recorre algunos de las mejores páginas de *El fuego y el relato*.

Imposible decantar cada ensayo que compone este libro necesario. Uno de ellos,

pese a su brevedad, titulado “Pesaj en Egipto”, comenta la misteriosa carta del poeta Paul Celan a Ingeborg Bachman: “si bien —afirma Celan— nunca he salido de Egipto, celebraré Pascua en Inglaterra”. Negación y afirmación del Éxodo y la diáspora. Presencia y ausencia se dan cita en la condición paradójica que impregna no sólo a la poesía de Celan, sino a toda la poesía: su anterioridad al lenguaje y su estancia en él: esa condición preadánica que intuyeron Juan de la Cruz, Hölderlin o Coleridge.

Agamben reconsidera también la importancia de la hermenéutica medieval (la lectura literal, moral, alegórica y mística) para aplicarla a la literatura actual. Y en este diálogo entre lo actual y lo antiguo destaca un ensayo fundamental: “Del libro a la pantalla / antes y después del libro”, donde reflexiona acerca de uno de los temas que tiene más preocupados a los lectores superficiales: el llamado ocaso del libro. En este breve opúsculo Agamben recuerda las diversas mutaciones que ha sufrido el libro: desde la tableta de piedra hasta la parpadeante imagen en nuestros ordenadores, y nos remite a los diversos modos de lectura. Pasamos de los manuscritos hebreos de la *Torá*, cuya lectura es circular —donde el fin se encuentra con el principio—, a la lectura lineal, que nos propone el libro desde Gutenberg, y considera nuestra forma de leer en la pantalla: acaso un regreso a la circularidad del rollo que se va abriendo o, más radicalmente, a la fragmentariedad del texto intemporal —como en los presocráticos—, a la escritura como huella del tiempo y sus arduas metamorfosis. **U**

Giorgio Agamben, *El fuego y el relato*, traducción de Ernesto Kavi, Sexto Piso, México, 2016, 108 pp.